

La disposición censoria: las dos vidas de Fernández de Lizardi y las sensibilidades conservadoras en México

The Censorial Disposition: The Two Lives of Fernández de Lizardi and the Conservative Sensibilities of Mexico

Sergio Gutiérrez Negrón

Oberlin College

ORCID: 0000-0001-7418-6889

Date of reception: 07/02/2023. **Date of acceptance:** 10/07/2023.

Citation: Gutiérrez Negrón, Sergio. “La disposición censoria: las dos vidas de Fernández de Lizardi y las sensibilidades conservadoras en México”. *Revista Letral*, n.º 31, 2023, pp. 145-165. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi31.27361>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

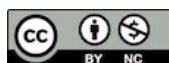
La obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) vivió un renovado auge editorial en el México de los 1830s, una década que se caracterizó por una reacción termidoriana que buscó contener los “excesos” populares y republicanos vistos durante los primeros años de vida independiente. Reeditadas en un nuevo contexto, las posturas y sensibilidades de las novelas de Fernández de Lizardi perdieron el carácter contestatario de su primera vida e hicieron eco a fuerzas antiliberales. A partir de esta rearticulación, este ensayo ofrece una lectura retrospectiva de las dos vidas del autor con el fin de mostrar cómo, a su centro, se halló lo que se podría denominar la “disposición censoria”. Así, se propondrá que, reactivada en la década posterior a su muerte, la obra tardía y disposición censoria de Fernández de Lizardi jugaron un papel fundacional en la articulación de las posteriores sensibilidades conservadoras de México.

Palabras claves: Fernández de Lizardi; conservadurismo; picaresca; sensibilidades conservadoras.

ABSTRACT

The narrative work of José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), an irredeemable republican, experienced a renewed publishing boom in the Mexico of the 1830s, in the midst of a decade characterized by a Thermidorian reaction that sought to contain the popular and republican “excesses” seen during the first years of independent life. Reedited in a new context, the positions and sensitivities of Fernández de Lizardi’s novels lost their rebellious character and echoed anti-liberal forces committed to the suppression of the popular in the name of the civic well-being of the nation. Based on this rearticulation of Lizardian fiction, this essay offers a retrospective reading of the two lives of the so-called Pensador Mexicano in order to show how, central to both, was what could be called the “censorial disposition”. Thus, the essay proposes that, reactivated in the decade after his death, the late work and “censorial disposition” of Fernández de Lizardi played a foundational role for the articulation of later conservative sensibilities in Mexico.

Keywords: Fernández de Lizardi; conservatism; picaresque; conservative sensibilities.



Introducción

La obra narrativa de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827), el famoso *Pensador Mexicano*, republicano irredento, vivió un renovado auge editorial en los 1830s, a casi diez años de la independencia mexicana y tres de su muerte. La reedición de *El Periquillo Sarniento* (1816) en 1830 y 1831, la primera que imprimía la obra en su totalidad, fue seguida, entre otras, por *La Quijotita y su prima* (1818/1831-1832) y *Vida y hechos de Don Catrín de la Fachenda* (1832), dos textos cuyas apariciones entre 1818 y 1820 habían sido o interrumpidas por el aparato virreinal o abandonadas ante la contingencia histórica. Reeditadas en un nuevo contexto, las posturas de las novelas de Fernández de Lizardi perdieron el carácter contestatario que alguna vez se asoció con su autor. La década en la que reaparecían se había inaugurado con la materialización de una suerte de reacción termidoriana que buscó contener los “excesos populares” vistos durante los primeros años de vida independiente¹. Fue a partir de este momento que comenzaron a ventilarse y concretarse posiciones que, un decenio después, en los 1840s, se autoproclamarían conservadoras. Aparecida en ese contexto, la picaresca lizardiana

¹ La reacción o convención termidoriana fue un golpe de estado reaccionario que dio fin a la faceta más radical de la revolución francesa. El nuevo régimen termidoriano se inauguró el 9 de Thermidor del Año II (27 de julio de 1794) con el apresamiento de los líderes de los jacobinos, Maximilien Robespierre, Luis Antoine de Saint-Just, y su posterior ejecución. Utilizo el término de manera descriptiva para referirme al periodo que corre desde el pronunciamiento del Plan de Jalapa por Anastasio Bustamante el 4 de diciembre de 1829 hasta el fracaso de la República Centralista de México en 1846. Con excepción del breve gobierno liberal de Valentín Gómez Farías entre abril de 1833 y abril de 1834, el periodo se caracterizó por la activa limitación de las libertades cívicas ganadas en los primeros años posindependientes, el ataque a la movilización y politización popular, y el fortalecimiento de instancias policiales y disciplinarias a nivel municipal con el fin de “restaurar” el orden y el buen gobierno del territorio nacional. Más allá de los lindes de este trabajo, el “termidor” como descriptivo ha sido utilizado a menudo. Por ejemplo, León Trotsky habló del ascenso de Joseph Stalin como el surgimiento de un “termidor soviético” (*La revolución traicionada*). También, afín con mi uso, el filósofo francés Alain Badiou ha teorizado la esencia de una reacción termidoriana al insistir que esta implica la imposición de la ilegibilidad de un horizonte egalitario anterior, su progresiva despolitización y reducción patologizante a manos de figuras que fueron partícipes en el evento mismo (“The Courage of Obscurantism”). Para un desarrollo mayor del uso de Badiou, ver Corcoran, “Thermidorian”.

hizo eco a fuerzas antiliberales comprometidas con la supresión de lo popular en nombre del bienestar cívico de la nación y contribuyó a la concreción de las sensibilidades conservadoras de la primera mitad del México decimonónico.

En este sentido, a continuación ofrezco una relectura de la primera vida y novelística picaresca de Fernández de Lizardi a la luz de su reedición, la cual se aleja de las apropiaciones patrióticas que se hicieron de su obra a partir de los procesos de independencia en la primera mitad del siglo y, luego, de la posterior consolidación del liberalismo como mito político unificador². La primera parte del ensayo, la más extensa, reconstruye la circunstancia de enunciación de la obra de Fernández de Lizardi en el virreinato tardío y cómo esta se cifró en las disposiciones morales que la estructuran y en su forma retórica. La segunda mitad, enfocada en la “segunda vida” del autor, inserta las anteriores disposiciones de la ficción lizardiana en el nuevo contexto político de la década de los treinta para hacer evidente la coincidencia política de las posturas y sensibilidades novohispanas del Pensador Mexicano con aquellas de la reacción antipopular del gobierno de Anastasio Bustamante y su eminencia gris, Lucas Alamán. Como se verá, esta coincidencia hacía que la obra reeditada de Fernández de Lizardi pudiera leerse, sí, como un antecedente histórico a una nueva cepa de ciudadanos y letrados nacionales, pero más importantemente como una obra de una sorprendente contemporaneidad, cuyos discursos morales, sensibilidad política y postura antipopular afirmaban el imaginario político que abigarraba la política represiva del momento y su acompañante prensa de combate.

De censor moral del poder a censor de costumbres, 1816-1820: la primera vida de Fernández de Lizardi

Leídas en los años treinta, las obras de Fernández de Lizardi hablaban de lo mejor y más ilustrado de la época virreinal. El pasado novohispano, tras el motín de la Acordada en 1828 y, muy pronto, el asesinato de Vicente Guerrero y la amenaza constante de la guerra civil en 1830, comenzaba a idealizarse como estable por las clases medias y altas que apoyaban los gobiernos de Anastasio Bustamante y los proyectos de Lucas Alamán. Por supuesto, tal estabilidad era una ficción y, para cuando Fernández de Lizardi hacía mella en el espacio público, ya había sido fracturada por las presiones históricas. Fernández de Lizardi no debutó, después de todo, en los ápices de la gloria virreinal. Entró al

² Para más sobre el liberalismo como mito político y matriz discursiva, ver el clásico estudio de Charles E. Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth Century Mexico*.

proscenio, en cambio, en las arcadas finales de un sistema monárquico en descomposición. Tras las abdicaciones de Bayona y el ascenso de José Bonaparte al trono español, la Nueva España entró en un doble proceso que la eclosionaría y que duraría hasta 1821. Por un lado, se inició su “trabajosa inserción” en una lógica representativa que, hasta entonces, no había tenido parangones en el virreinato y que implicó, como ha dicho Rafael Rojas, una nueva sociabilidad política, un mecanismo representativo y un abrazo de la opinión escrita (“El espacio público” 15). Por el otro lado, se sentaron las bases para la insurgencia armada, articulada en torno a lo que Rojas llama el “mesianismo imperial criollo”, la cual asediaba los órganos del poder por casi una década (14).

El primero de estos procesos, doble en tanto que implicó la expansión de la representatividad y el consecuente arraigamiento de la opinión pública, fue fortalecido a raíz de la Constitución de Cádiz de 1812, la cual instituyó la libertad de prensa y, así, dio inicio al debate y disenso político. Tras los ires y venires del decreto que afirmaba tal libertad, su concesión final fungió como una medida de control. Después de todo, por un lado, el decreto surgía con el fin de abrir las puertas a la publicación de papeles que publicitaran las decisiones gubernamentales a los súbditos alfabetizados, y, por el otro, según Elías J. Palti, como una forma de “contrarrestar la acción de otros medios más informales (y democráticos) de transmisión de ideas, como el rumor, el libelo manuscrito, los panfletos, etc., que en aquel momento de crisis de la monarquía proliferaron” (*La invención* 68). Pero, paradójicamente, de este modo abrían un espacio nuevo de debate, y, con él, la idea de la posible fiscalización por parte del “público” de las acciones del gobierno (lo que minaría decisivamente las bases sobre las que se sustentaba la política del antiguo régimen)” (Palti, *La invención* 68).

Fernández de Lizardi fue uno de los primeros publicistas en saltar al ruedo de la opinión pública. El 9 de octubre de 1812, a tres días de entrar en vigor el derecho de libertad de imprenta en la Nueva España, publicó su primer y más controvertible periódico, *El Pensador Mexicano*, el cual se editaría hasta 1814³. En los años posteriores, publicaría casi una decena de otros títulos⁴.

³ Como ha señalado Jacobo Chencinsky, Fernández de Lizardi basó su *El Pensador Mexicano* en el periódico *El Pensador*, editado en 1762-1763 y 1767 por José Clavijo Fajardo, un gran simpatizador de la cultura ilustrada francesa y promotor del enciclopedismo francés (10).

⁴ Entre 1812 y 1827, Fernández de Lizardi publicaría nueve periódicos de distintas periodicidades, pero de espíritus similares. Leídos cronológicamente, como ha notado Chechinsky, es posible ver el desarrollo de Fernández Lizardi. Si en el *Pensador* pasa de un periodista envalentonado a un escritor temeroso a la censura, en los diarios posteriores daría muy pronto con una “fórmula de transición al limitar sus temas” y manifestarse “sólo en cuestiones marginales a la política: el crítico social desperpajado, el moralista irónico o chocarrero,

En tanto publicista, la obra entera de Fernández Lizardi se hallaba regida por una comprensión particular de la opinión pública que era, también, el marco que estructuraba su comprensión política. En su trabajo periodístico, Fernández de Lizardi no se dirigía necesariamente hacia las masas o el individuo civil, sino hacia las autoridades. Posicionándose como representante de una opinión pública y como defensor de la constitución gaditana, interpelaba y cuestionaba a estas autoridades, las cuales entendía como instituciones humanas y no ya divinas, compuestas de funcionarios capaces de errar. Les exigía a estos, de cierta manera, que fueran contemporáneos de la constitución de 1812 y dejaran atrás el antiguo despotismo que el documento gaditano había abolido. Como ha mostrado Palti, al error de los individuos y el de un “poder despojado ya de sus misterios y dignidad, Fernández de Lizardi [oponía] las verdades colectivas (sociales)” (“Tres etapas de la prensa política” 232). En este sentido, la opinión pública que estructuraba el decir político de Fernández de Lizardi era comprendida como “reservorio de máximas consuetudinarias transmitidas de generación en generación mediante el ejemplo”, es decir como tradición y conjunto de valores sociales que estructuran la convivencia social (“Tres etapas de la prensa política” 232). Esta tradición o reservorio afirmaba los fundamentos morales de la vida comunal, los cuales eran colectiva e intuitivamente conocidos y comprendidos por todos, *a priori*. Bajo estos parámetros, “sólo existían quienes conocían la verdad y quienes la ignoraban”, por lo que la política era “reducida a una cuestión ética:” y el rol del publicista o panfletista político, que no era sino un moralista público, constaba de la imputación del individuo o funcionario o la figura de autoridad que hubiera pervertido o corrompido alguna norma moral (“Tres etapas de la prensa política” 234).

Velar y nombrar a quien, ocupando una posición de poder, corrompía la norma era una posición peligrosa, por supuesto. Fernández de Lizardi pasó la última década de la existencia del virreinato de la Nueva España —su primera en el ojo público— pagando por ello. A menos de dos meses de haber debutado el periódico cuyo título tomaría de pseudónimo, *El Pensador*

el educador práctico, el dialoguista acertado, que si bien evade el compromiso, por lo menos no violenta sus ideas escribiendo contra ellas” (Chencinsky 15). Los títulos de los periódicos fueron: *Alacena de Frioleras* (28 números entre 1815-1816), *Cajoncito de la Alacena* (11 números entre 1815-1816), *Las sombras de Heráclito y Demócrito* (un número en 1819), *El Conductor Eléctrico* (24 números en 1820), *El Amigo de la Paz y de la Patria* (2 números en 1822), *El payaso de los periódicos* (un número en 1823), *El hermano del Perico que cantaba la victoria* (seis números en 1823), *Conversaciones del Payo y el Sacristán* (50 números entre 1824 y 1825), *Correo semanario de México* (24 números entre 1826 y 1827). Todos estos pueden accederse en línea en *El Proyecto José Joaquín Fernández de Lizardi*, editado por María Rosa Palazón Mayoral.

Mexicano, Fernández de Lizardi fue arrestado. La detención surgía como reacción a una crítica que lanzó a una medida del virrey en su octavo número —y que él mismo entregó a las manos de este, ya que, como hemos dicho, en tanto moralista y reformador, su interlocutor era siempre la autoridad, a la que buscaba escarmentar—. Los diecinueve meses que pasó encarcelado no silenciaron del todo su diario, y desde allí emitió los siguientes cuatro números del mismo, pero sí lo llevaron a censurar la acerbidad que, desde un inicio, le había ganado el éxito e infamia y a hallarse al borde de la penuria. Tras su liberación en junio de 1813, retomó con todo ahínco la publicación de panfletos y diarios que continuaron su imputación de las fallas morales de la colonia. Incapaz de enfocarse en lo político —se le había prohibido expresarse en contra del gobierno virreinal—, Fernández de Lizardi enfocó su mirada en la vida cívica y desde allí pasó su duro juicio sobre aquellas figuras o elementos sociales que consideraba corruptos, insuficientes, entre ellos a los mercaderes, especuladores, médicos, abogados, criollos, profesionales, etcétera.

A las afueras de la Ciudad de México, sin embargo, una insurgencia asolaba el virreinato y sus avances ponían en aprieto el gobierno virreinal. A medida que pasaban los años y la revuelta ganaba terreno, en la Ciudad de México la libertad de prensa fue cada vez más circunscrita y, con ella, los medios de Fernández de Lizardi para ganarse la vida. Como relató Jefferson Rea Spell en su clásico estudio de la vida de Fernández de Lizardi, “[t]he government officials, more and more incensed by the inroads of the insurrectionists in the south, were determined not to permit the publication of anything which suggested liberal thought. To them Lizardi was a constant thorn” (31). El restablecimiento de la Inquisición en España, en diciembre de 1814, y la velocidad con la que los tribunales inquisitoriales virreinales se recuperaron afirmaron el jaque a los modos de la prensa de los que abrevaba Fernández de Lizardi. Durante los siguientes años, los inquisidores de la Nueva España acecharían al publicista y, siempre que pudieran, estorbarían la publicación de más de media docena de sus panfletos y periódicos.

Ante este aciago panorama en el que se vio cada vez más censurado, Fernández de Lizardi prefirió abandonar su rol de censor moral del poder. Como ha dicho Spell, fue la fuerte condena inquisitorial que en 1815 recibió uno de sus números de *El Pensador Mejicano* que lo llevó a buscar otros medios con los cuales retener la atención del público que le garantizaba su ingreso (*Life and Works* 31)⁵. Ese medio fue nada más y nada

⁵ El artículo en cuestión, “Sobre la Inquisición” fue publicado originalmente el 30 de septiembre de 1813, en el número 5, del segundo tomo de *El Pensador Mexicano*, pero fue denunciado por el bachiller José Joaquín Gavito, presbítero del Arzobispado, el 9 de febrero de 1815 “por las detracciones malignas

menos que la novela como forma. Como ha escrito Amy E. Wright, el giro novelístico de Fernández de Lizardi no fue pura coincidencia. Escribe Wright:

Beyond the relative safety provided by fiction, the novel offered other discursive possibilities. It was, as neoclassical literary critics deemed it, a ‘bastard genre’, not clearly defined in terms of the discourses it contained, and thus open territory for experimentation in both form and content. Well before the relatively brief, four-year period of his novelistic activity, Lizardi honed certain narrative techniques through his journalistic endeavours that he would soon deploy to great effect in his first novel. Many of the political pieces Lizardi wrote from 1810 until 1816 heavily relied on conversational dialogue... Lizardi’s journalistic writings from this time also evidence much innovation with fictional personae. In shorter-lived, more experimental newspapers than *El Pensador Mexicano*, Lizardi tried his hand at verse, dramatic invention, allegory, dialogue and satirical fictional forms, techniques that were soon to appear in his first novel (“Serial Space-Time” 842-843).

Más aún, Wright nota que un resultado de la supresión del discurso político en Fernández de Lizardi fue su marcado giro hacia la pedagogía, hacia una nueva crítica costumbrista de las maneras de los habitantes de la Nueva España y una defensa del rol de la educación en la constitución de un cuerpo cívico (“Early Nineteenth Century Nation Building” 151). Como había hecho en su trabajo anterior, Fernández de Lizardi retomó su rol de censor moral en sus tres novelas, picarescas formalmente, aunque cargadas de costumbrismo. Pero ya no fijaba su mirada en los excesos del poder. Miraba, en vez, las malas costumbres de los novohispanos y lo hacía en nombre de la mejora e ilustración de la sociedad (Spell, “The Costumbrista Movement in Mexico” 290).

Pedagógica en su aproximación, la novelística lizardiana desplegó variaciones de la figura del pícaro como herramienta para glosar las costumbres de los distintos estratos sociales del virreinato. Como veremos a continuación, en sus tres novelas picarescas —*El Periquillo*, *La Quijotita* y *Don Catrín de la Fachenda*—, a través de la itinerancia de los protagonistas, el autor inspeccionó la sociedad del virreinato tardío y, enfocándose en los malos hábitos y costumbres, insistió en la necesidad de la reforma moral e institucional del pueblo⁶.

que vierte en él contra el recto y libre proceder del Santo Oficio” (“Inquisición de México año de 1815, número 336”, n.p.).

⁶ Cuando fue publicada originalmente, *El Periquillo Sarmiento* chocó con el renovado aparato inquisitorial novohispano y con la autoridad virreinal. Pero la colisión no se debió a los discursos morales, ya fueran patrióticos o no, que enunciaba. Como vemos, estos no atentaban de ningún modo con el

Según *El Periquillo Sarniento*, había mucho queapestaba a podrido en la Nueva España. La mayor parte de la población, desde los eslabones aristocráticos más altos hasta los más bajos, parecía estar corrompida por un ocio y una holgazanería que era tanto el resultado de la laxitud de las costumbres como de la corrupción estructural de su presente virreinal. Narrada en una primera persona retrospectiva, la novela seguía los paseos errantes del Periquillo —alias de Pedro—, hijo de padres peninsulares y mexicanos. En su relato, el narrador atribuía sus primeros tropiezos a las aspiraciones aristocráticas de su madre; a la apreciación materna del trabajo manual como vil, la cual había interrumpido su educación moral y laboral y lo había lanzado a una vida caracterizada por la evitación del trabajo y un apego travieso a la ociosidad y la vagancia. La desgracia llegó poco después a la familia del Periquillo y este socavó la limitada herencia que le dejaron sus padres. Al sumarse a las filas de estafadores y delincuentes, también atentó contra la estabilidad del reino.

En términos generales, el *Periquillo* denunció un sistema educativo atrasado que era incapaz de hacer mella en el edificio de la superstición, el fanatismo, el prejuicio y la barroca legislación imperial. También condenó el hecho de que en la sociedad tardocolonial el trabajo era interrumpido por todas partes, ya fuera por disposiciones aristocráticas, por la pereza de los pobres sin educación o por los vaivenes de una economía inapropiada, fundada como lo estaba en la minería, los mercados cerrados y la promesa de riqueza fácil que estos ofrecían. Para el Pensador Mexicano, estos elementos paralizaban a las clases medias criollas, que se veían obligadas a elegir entre una aspiración sin salida a los privilegios de sus vecinos y antepasados peninsulares o una función intermediaria que los convertía en meros funcionarios. Esta circunstancia también limitaba el desarrollo de los mestizos, indígenas y negros pobres, los cuales se hallaban perdidos en actividades sin sentido, si no siempre viciosas. En *El Periquillo*, estos males solo podían ser reparados a través de una educación, entendida como la adecuada modificación de las costumbres, la constante e ilustrada vigilancia de la moral pública y la inculcación de un hábito de trabajo, con lo que el autor se refería a “[e]l saber hacer alguna cosa útil con las manos... el saber algún arte, ya mecánico, ya liberal” (*El Periquillo* 319). El propio desarrollo del protagonista siguió esta lógica. Después de una vida de fechorías y múltiples encuentros con los personajes e instituciones de la época virreinal, al final de sus días, Periquillo enderezó su

paternalismo moral de los letrados virreinales. Chocó, más bien, debido a su arribo a la conclusión lógica de la celebración del trabajo libre: la denuncia de la esclavitud (Wright, “Early Nineteenth-Century Nation-Building” 150-151). En los años treinta, esta posición anti-esclavista ya era normativa, y compartida por la totalidad del espectro político.

andar, obtuvo un empleo lucrativo, formó una familia adecuada y escribió la historia de su vida como escarmiento.

La Quijotita y su prima, la novela con la que el Pensador Mexicano siguió a *El Periquillo*, aunque se quería más amena, fue aún más tajante en su denostación de las costumbres y más explícita en su fin pedagógico. La pícara en esta obra, Pomposita, la Quijotita titular, encarnaba, según su mismo autor, “el fruto de una educación vulgar y melada” (n.p, Prólogo). Opuesta a esta, está la prima titular, Prudenciana, quien encarna los valores de una educación ilustrada, “de una crianza moral y purgada de las mas comunes preocupaciones” (n.p, Prólogo). Al igual que el Periquillo, el desvarío de Pomposita era producto de la irresponsabilidad maternal. En este caso, sin embargo, se trataba de una mujer que, por encima inclusive del ethos aristocrático, privilegiaba el poder de la belleza y la coquetería y rechazaba la subordinación de la mujer al hombre. Como ha resumido Mariela Insúa Cereceda, “Pomposita vive en función de la “pompa”, de la frivolidad, de vestir a la última moda y se rige por las leyes del cortejo. Por otro lado, su aspecto físico constituye la principal arma de la muchacha para conseguir sus objetivos, primero con sus padres y los criados y luego con sus pretendientes” (704). Al igual que Periquillo, los malos pasos de Pomposita llevaron a la ruina económica familiar. Pero a diferencia de este, para Pomposita no hay rehabilitación posible. En el caso de la mujer, una vez las costumbres se malogran, el único horizonte moralizante disponible es su aniquilamiento. La vida pícara de la Quijotita termina, tras una serie de aventuras humillantes, en la prostitución, en la enfermedad y en su muerte. En el prólogo de la obra, el autor explicitaba el contrapunteo entre las dos figuras protagonistas arguyendo que era en “el contraste de estas dos educaciones [que] se hallará la moralidad de la sátira, y en el paradero de ambas señoritas el fruto de la lectura, que será ó deberá ser el temor del mal, el escarmiento y el apetito de buen obrar” (n.p, “Prólogo”). Como señala Insúa Cereceda, la antítesis de Pomposita y Prudenciana insiste que la “mayor quijotería” de la primera “consiste en vivir en función de la hermosura y de la frivolidad, y no de la virtud. Frente a ella, su prima Prudenciana se alza como modelo de esposa abnegada y como ejemplo de la sensatez más absoluta (707).

Fernández de Lizardi parecía concluir que, ante el pícaro, había que imponer la vigilancia policial de la moral pública; y, ante la pícara, el control familiar. Estas tesis se condensaban en *Vida y Hechos del Famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, escrita en 1820 pero inédita hasta 1832. Narrada por el titular pícaro, la obra fue explícita en su proceder y en el hecho de que si se diferenciaba de las anteriores era porque en ella el lector hallaría un juicio sumario que prescindía “de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas”

(Fernández de Lizardi, *Vida y hechos* 4). La lección, en ella, venía “reducida á un solo tomito en octavo”, lo cual la haría “desde luego mas apreciable y mas legible” (4). La novela repasaba lo que ya eran los tropos lizardianos, la mala educación materna, la pompa, la vanidad, la malversación de la herencia familiar y la obstinación e impertinencia individual que devenían pícaro. En esta, sin embargo, el desenlace del protagonista se hacía aún más trágico. En *El Periquillo*, el pícaro fue capaz de rehabilitarse y comenzar su vida. En *La Quijotita*, como vimos, la pícara se arrepentía, pero no había recuperación posible. En el *Catrín*, ni lo uno ni lo otro. El pícaro moría, enfermo, pobre y solo, pero orgulloso de sus proezas. Desahuciado, *Catrín* sentenciaba:

[El practicante que me acompaña me] espanta cada rato con la muerte, con el juicio, con la eternidad, con el infierno. Mi espíritu no es tan débil que se amedrente con estos espantajos... Aun cuando hago estas reflexiones, ni me acobardo, ni siento en mi corazón ningún extraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable (150).

Tras su partida, el practicante que se encarga de sus restos resumía el punto de partida del autor:

[*Catrín*] manifestó con su pluma haber sido de unos principios regulares y decentes, aunque dirigido por unos padres demasiado complacidos, y por esta razón muy perniciosos. Ellos le enseñaron á salirse con lo que quería: ellos no cultivaron su talento desde sus tiernos años: ellos fomentaron su altivez y vanidad: ellos no lo instruyeron en los principios de nuestra santa religión: ellos criaron un hijo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre pernicioso, y tal vez á esta hora un infeliz precito; pero ellos también habrán pagado su indolencia donde estará D. *Catrín* pagando su relajación escandalosa. ¡Pobres de los padres de familia! A muchos, ¡cuánto mejor les estuviera no tener hijos, si han de ser malos, según dice la verdad infalible! (151-152).

Como vemos, los axiomas que Fernández de Lizardi extraía de las “verdades colectivas” eran ahora usados para imputar las malas formas de la población mediante su sátira horaciana⁷. Si en sus papeles públicos el Pensador fungió de censor moral del poder, en su ficción lo fue de los habitantes de la Nueva España. Bien lo describieron en una biografía hagiográfica de 1888 como “censor de costumbres, [quien] descubría los vicios de una educación atrasada, para evitarlos” (González Obregón x). Este reformismo moralista, sin duda, hoy en día se consideraría como

⁷ Para un estudio del uso de la sátira como herramienta del discurso proto-conservador de la época, ver Gutiérrez Negrón, “Satire and the Lie of Politics: El Mono (México, 1833)”.

un proyecto político, pero en el momento de la publicación de la obra de Fernández de Lizardi —y bien en los 1830s, como veremos luego—, la cuestión de las costumbres, y del estudio de los hábitos privados y colectivos que daban forma al carácter de una persona o sociedad, era vista como perteneciente al reino de la moralidad y no de la res publica. Como se ha visto, la promulgación de Fernández de Lizardi, en sus novelas, del deber cívico, las buenas costumbres y la necesaria firmeza en la educación familiar estaba en consonancia con el ethos virreinal, aun en plena guerra. De hecho, como ha mostrado Ana Peñas Ruiz en uno de los más cuidadosos estudios del costumbrismo hispano, el énfasis en el tratamiento literario de las costumbres, tanto en España como en las Américas, fue promovido y, por lo tanto, constituido por los censores gubernamentales e inquisitoriales, preocupados como lo estuvieron por los peligros potenciales de la relajación de las costumbres en un contexto de secularización moral (Peñas Ruiz, 2014: 42).

Esta disposición censoria estaba cifrada en la forma narrativa misma de la novela lizardiana. En este sentido, vale la pena repasar la pregunta que hace Jorge Téllez en *The Picaresque and The Writing of Life in Mexico* (2021): ¿es la picaresca una forma narrativa fundamentalmente conservadora? Junto a James Mandrell, Téllez sostiene que el marco narrativo picaresco de Fernández de Lizardi —y de gran parte de la picaresca mexicana posterior—, está marcado por un aura de conservadurismo que no puede sino defender el *status quo* (151). La picaresca parecería ofrecer un marco democratizante en principio, pero la forma narrativa misma, a la medida que se abalanza hacia su desenlace, obliga a expulsar a la plebe (142). El cierre de las novelas siempre restituye el orden que ha sido desestabilizado en el devenir dramático (142). El pueblo aparece en *El Periquillo* —y en las otras dos novelas—, pero sólo como materia prima y plástica de la que hay que pulir una ciudadanía, o a la que, si se fracasa, hay que limitar y privar de derechos. En otras palabras, Téllez pone en tela de juicio la lectura de las obras lizardianas que subrayan su exploración del tejido social de la Nueva España y la población como una afirmación popular y patriótica, y considera la posibilidad que el género picaresco inevitablemente le de voz a sujetos marginales sólo para aproximarse a cuestiones y asuntos que responden principalmente a las sensibilidades de los grupos en poder (37). Esta disposición narrativa, como veremos, sería la que haría la obra lizardiana legible en los 1830s.

A pesar de todo lo anterior, la forma novelística y la ficción literaria fueron meros entreactos para Fernández de Lizardi. Tan pronto como se reinstuyó el gobierno constitucional del virreinato el 31 de mayo de 1820 y, con este, la libertad de prensa, suprimiendo así a la Inquisición y las otras instancias censorias que lo habían separado de sus papeles públicos, Fernández de Lizardi

abandonó la ficción literaria y retomó su manto de publicista. Sin titubeos, el *Pensador* se lanzó de lleno al ruedo político en defensa del orden constitucional que estructuraba su decir y no despreció palabra alguna que le facilitara su imputación de un clero y una élite que él consideraba corrupta. Continuaba, por supuesto, hablándole a la autoridad—el virrey—, ante quien apelaba por un gobierno cada vez más liberal, como la única forma de detener el incesante aumento de los números insurgentes (Spell, *Life and Works* 34). Eventualmente, cambiaría de parecer y tras una invitación de Agustín de Iturbide, en el verano de 1821, ya declarado el Plan de Iguala que sentaría las bases para la independencia, Fernández de Lizardi se unió a las fuerzas insurgentes para las cuales dirigió las prensas iturbidistas en Tepotzotlán, fungiendo como propagandista clave de la causa (Spell, *Life and works* 37). Desde allí, en los meses inmediatamente anteriores y los años posteriores a la independencia, imaginaría un futuro ilustrado en el que voces como la suya tendrían la posibilidad de pronunciarse, sí, pero quizás más importante, de influir y posibilitar la progresiva ilustración de un país y su gobierno.

Desafortunadamente, como Fernández de Lizardi descubrió muy pronto, la secesión y fundación de un estado-nación americano no eliminó la irritación que causaba a las figuras en el poder —especialmente al alto clero, pero también a la nueva clase política criolla— el constante examen público. Junto a la agolpada trayectoria de la libertad de prensa en los primeros años independientes, Fernández de Lizardi se halló en más de una ocasión amenazado por distintas formas de censura hasta, inclusive, llegar a ser excomulgado por la Iglesia Católica y, así, a grandes rasgos condenado a un ostracismo social del que no lograría escapar del todo antes de su muerte en junio de 1827.

En sus últimos años, Fernández de Lizardi vivió el inicio de la vertiginosidad que vendría a caracterizar la política del México independiente. A pesar de la relativa estabilidad de la práctica policial que sobrevivió el virreinato —es decir, de los aparatos censorios que una y otra vez le limitaron su expresión y, por lo tanto, su posibilidad de ganarse la vida—, todo lo demás parecía estar en un proceso de alteración constante. Ocurría lo mismo con el régimen discursivo y el concepto de la opinión pública. En sus escritos post-independientes, Fernández de Lizardi asumió, como antes, la persistente transparencia de lo social y la verdad, al igual que la certeza de la universalidad de estas. Lo supiera o no, eran posturas ya insostenibles. El concepto de la “opinión pública” se había fragmentado en las postrimerías de la independencia y donde antes fue posible concebir la sociedad civil como articulada en torno a una unidad moral, ahora sólo podía pensarse como espacio de disenso (Palti, “Tres etapas de la prensa

política” 233). En este panorama, a las normas sociales les faltaba coherencia y los ejemplos habían perdido su referente esencial haciéndose contradictorios. Como ha escrito Palti, “[l]a oscuridad abandonaba entonces su reducto en el ámbito privado para abrazar también al espacio público; virtud y vicio, verdad y error resultaban ya indiscernibles, frustrando toda posibilidad de un orden político estable (“Tres etapas de la prensa política” 233).

La fragmentación partidaria del campo político entre el 1824 y el 1828, isomórfica a las logias masónicas en la que la clase política se distribuyó, aceleró progresivamente la imposibilidad de establecer una norma imparcial y común entre los partidos o facciones combatientes. En este proceso de fraccionamiento, la politización de las masas populares y la relacionada expulsión de los españoles de 1827 recalcaron que el país se hallaba en un punto de inflexión. La confirmación del quiebre total del consenso post-independiente vino con el Motín de Acordada, un levantamiento popular aguzado por Lorenzo de Zavala, Manuel Reyes Veramendi y el brigadier José María Lobato que ocurrió en noviembre de 1828 en apoyo al candidato presidencial Vicente Guerrero, quien había perdido las elecciones de ese año y que representaba el ala más popular o populista del espectro político. Como ha escrito Alfredo Ávila,

[a]l poco tiempo, esa rebelión se convirtió en la mayor movilización popular que hubiera visto la ciudad desde la independencia. El edificio del Paríán, donde se hallaban los principales distribuidores de productos extranjeros y de lujo, fue saqueado por la turbamulta (59).

El levantamiento fue exitoso y en 1829, Vicente Guerrero, héroe de la independencia, de ascendencia mulata y símbolo popular, ascendió a la presidencia e hizo de esta, según sus opositores, un aparato parcial, partidario. A partir de ese momento, el consenso político se haría radicalmente imposible.

La recuperación de la disposición censoria en la década de 1830: la segunda vida de Fernández de Lizardi

El jueves y el domingo, 23 y 26 de junio de 1831, los periódicos *El Sol* y *El Gladiador* publicaron, respectivamente, el anuncio de la finalización de la edición de *El Periquillo Sarniento*, comenzada el año anterior, por la Imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo⁸. A esta, en el mismo año y a cargo de Daniel Barquera,

⁸ El anuncio, reproducido verbatim en los dos semanarios, leía: “Se ha concluido la edición del PERIQUILLO SARNIENTO, obra del *Pensador mexicano*, que hasta ahora no había salido aun completa. Su autor no pudo imprimir mas que tres tomos, porque el gobierno español le prohibió la

director de la Imprenta de Altamirano, le seguirían las ediciones de las *Fábulas*, para las cuales ya abrían suscripciones en junio y las cuales, antes de finalizar el año, se agotarían y reeditarían⁹. Poco después, antes de que finalizara el año 1831, saldrían *La Quijotita y su prima: historia muy cierta con apariencia de novela* y *Noches tristes y día alegre* de Fernández de Lizardi en la imprenta de la calle del Espíritu Santo número 2¹⁰. Finalmente, en 1832 aparecería *Vida y Hechos del famoso caballero Don Castrín de la Fachenda*, a cargo de la Imprenta del ciudadano de Alejandro Valdés. Así, a cinco años de su muerte y por primera vez, la totalidad de la obra narrativa de Fernández de Lizardi se hallaba en libre circulación y a la mano de los lectores de la época¹¹. La coincidencia de todas estas impresiones, concertada o no, dio así inicio a la vida póstuma de Fernández de Lizardi.

El nuevo apogeo del Pensador Mexicano se daba en un contexto complicado. La victoria de Guerrero de 1828 duró apenas un año. Como se mencionó en las primeras páginas, la

publicación del cuarto, no por otro motivo que por temor de las especies que en él se tocan contra la esclavitud y las distinciones por nacimiento. Tienen, pues, los editores la satisfacción de presentar entera por primera vez á los mexicanos la producción de un compatriota suyo, recibido con aplauso. Ha salido en cinco tomos de bello carácter de letra, y con cincuenta y cinco láminas...". ("Avisos" 4). La obra apareció en cinco tomos e incluyó aproximadamente 55 grabados sin firma, los cuales Ernest Richard Moore atribuye a Luis Montes de Oca (389). Aunque no hay datos sobre el número de ejemplares impresos, Moore estimaba que, hacia 1944, el promedio de *El Periquillo* no pasó de tres mil ejemplares.

⁹ El anuncio de la publicación de las *Fábulas del Pensador Mejicano* aparecería junto al de *El Periquillo* ("Avisos" 4). Las *Fábulas* incluirían 41 grabados sin firma. Los impresores hacían referencia al éxito de las *Fábulas* en las páginas incluidas al final del primer tomo de *La Quijotita* (1831): "La aceptación con que se han recibido las FÁBULAS del mismo autor y por el total consumo de los ejemplares que se imprimieron; ha hecho que los editores hayan reimpresso mas cantidad, con el mismo volumen de octavo, con cuarenta y una estampas, y por haber desde un principio erogado los crecidos gastos de las láminas etc se han propuesto darlas con mas comodidad; lo que facilitará al público y a los niños no carecer de la utilidad de su lectura" (237).

¹⁰ Los cuatro tomos de *La Quijotita y su prima* fueron impresos, con dos estampas por tomo, también por la Imprenta Altamirano a cargo de Daniel Barquera. El impresor de la reedición de *Noches Tristes*, José Uribe y Alcalde era hermano de Tomás Uribe y Alcalde, impresor de *El Sol* y de *El Gladiador*, los dos periódicos que publicaron el anuncio de la reimpresión de *El Periquillo*. Aunque fueron figuras menores, los hermanos Uribe y Alcalde jugaron un rol clave en el campo tipográfico proto-conservador de la primera mitad de los 1830s y su anuncio de la obra de Fernández de Lizardi implicó un endoso a la misma. Para mayor información y una parcial reconstrucción del momento vis-à-vis el incipiente conservadurismo, ver Gutiérrez Negrón, "La impresión conservadora".

¹¹ A partir de este momento, las obras de Lizardi permanecerían en circulación constante. *El Periquillo Sarniento* se reeditaría en 1842, en 1845, 1853, 1865, 1884 (Castillo del Negrete, 230-232).

reacción política encabezada oficialmente por Anastasio Bustamante en 1829, le puso fin a su gobierno y principió así una década interrumpida de formación de coaliciones antipopulares entre las élites. Los dirigentes del movimiento que socavó el gobierno de Guerrero, como ha relatado Richard A. Warren, partieron de una crítica del sistema político mexicano que insistía que la raíz de la inestabilidad, del descalabro fiscal y de la falta de seguridad era el producto de una radicalización política, que no era sino la politización de las masas (*Vagrants and Citizens* 99). Para estos, el conflicto corriente no “es ni ha sido nunca, guerra de opiniones; no se trata de sistemas ni aun de personas; esta es la guerra de la civilización contra la barbarie, de la propiedad contra los ladrones, del orden contra la anarquía” (Costeloe, *La primera república* 274). Amparados en este lenguaje apocalíptico, los sectores moderados de los 1820, intimidados por el espectro de la revuelta popular y afectados directamente por una incipiente crisis económica que aguaba el optimismo independiente, se aliaron hacia 1830 con los frentes más conservadores y tradicionalistas para crear nuevas estructuras políticas articuladas en torno a la creencia de que la movilización popular post-independiente era el principal obstáculo al orden y al progreso (99). Estas nuevas estructuras políticas habían decidido “ensanchar la base política sobre la que descansaría su permanencia futura” mediante la expulsión de los sectores populares y obreros y su reemplazo con el sector medio y más numeroso de la élite mexicana, las clases propietarias instruidas que se autoidentificaban como hombres de bien, y que, a grandes rasgos y a pesar de su interés en la estabilidad y el orden, era la franja social “más apolítica y apática en cuanto a la contienda activa de los partidos” (277).

Leída en este contexto, la obra narrativa de Fernández de Lizardi adquiriría un nuevo matiz. Si en los últimos años de su vida, las premisas morales sobre las que se articulaba habían hecho de Fernández de Lizardi una figura anacrónica, en el contexto de su segunda vida, en el que el consenso era imposible, estas convicciones extemporáneas eran, precisamente, su fuerte. Como dijimos anteriormente, la disposición censoria de la ficción lizardiana se abocaba hacia la crítica moral de las malas costumbres de los novohispanos y la inculcación del deber cívico. Tal disposición era parte de un proyecto republicano mayor, explicitado, por ejemplo, en el episodio utópico de *El Periquillo Sarniento*, en el que el pícaro llegaba a una isla en la que se había instalado un gobierno ilustrado y moral. Como ha mostrado Beatriz Alba-Koch al respecto, para Fernández de Lizardi toda utopía republicana se tematizaba necesariamente mediante la imaginación de un estado policial en el que la disposición censoria era central (298, 300). El modelo administrativo de esa y otras utopías lizardianas reproducía ideologías borbónicas de la gobernanza del virreinato tardío. Para Gabriel Paquette, estas

ideologías resultaron del matrimonio del regalismo dieciochesco con la economía política española y el lenguaje de la felicidad pública e insistían en la expansión de la intervención ejecutiva del soberano en todas las esferas de la sociedad (Paquette, “Empire, Enlightenment and Regalism”, 115). Fernández de Lizardi compartía con los regalistas borbónicos la certidumbre que la acción gubernamental era capaz de moldear la personalidad y aspiraciones de los sujetos de un cuerpo político (Paquette, *Enlightenment, Governance and Reform in Spain* 65). Por su parte, estos lineamientos reverberaban en los 1830s con las sensibilidades de la nueva articulación política de los grupos moderados y conservadores, todos ellos “hombres de bien” u “hombres decentes”. Por ejemplo, la eminencia gris del gobierno de Bustamante, Lucas Alamán, creía que los principios de gobernanza borbónica que, aunque inconstitucionales, permanecían activos en las lógicas y discursos policiales a nivel municipal en la época posindependiente eran, a la luz de los excesos populares y democráticos, un baluarte de autoridad política y un vínculo con las instituciones fundacionales del patrimonio ibérico, como ha mostrado Eric Van Young (*A Life Together*, 611). En otras palabras, lo que en los últimos años virreinales podía leerse como una crítica y reprimenda a costumbres serviles que estorbaban tanto la ilustración del pueblo, como además el buen gobierno y policía del mismo; en su lectura en la época del Termidor mexicano —ya muerto su autor en 1827—, rendía una narrativa que justificaba la intensificación policial y antipopular de un gobierno y un público receloso de los excesos democráticos de esos años.

Es decir, las certezas morales ilustradas del virreinato tardío eran analógicas a las del nuevo frente reaccionario de la época en cuestión. Sin duda, las costumbres siempre habían sido de interés en el horizonte simbólico republicano, ya fuera liberal o no. En su mejora, después de todo, radicaba la expansión de la participación política ilustrada y el bienestar de la república. La costumbre, en el pensar republicano, era la materia maleable de la que se debía esculpir el ciudadano y su práctica cívica. A menudo, el republicano veía la mala costumbre *presente* negativamente, pero lo hacía insertándola en un horizonte terapéutico en el que la rehabilitación cívica era posible. En el incipiente pensamiento reaccionario, sin embargo, las malas costumbres estaban atrapadas en un espacio negativo y eran más que nada el síntoma de un mal que exigía la intervención unidireccional del gobierno, de manera punitiva y no tanto rehabilitativa¹². La verticalidad del

¹² Como han escrito Andrea Castro y Kari Soriano Salkjelsvik, el pensamiento conservador veía “en las costumbres y en las tradiciones un capital histórico fundamental para la consolidación de los nacionalismos, capital que para ellos tenía más valor que cualquier construcción teórica basada en el pensamiento abstracto, por ejemplo, en la razón” (16).

rol del censor de costumbres de la novela lizardiana, su “modernidad totalitaria”, como le llama Christopher Domínguez Michael, estaba en su salsa al hallarse rodeada de los diarios de combate antipopulares de la época y las decenas de proyectos legislativos mediante los cuales la administración de Anastasio Bustamante y sus allegados descartaban los reparos republicanos y atacaban, a nivel nacional pero principalmente en el municipal y regional, muchos de los derechos y libertades republicanos ganados en la independencia (Domínguez Michael 223). En este sentido, el rescate de la obra de Fernández de Lizardi, de manera intencional o no, corría paralela a la recuperación oficial de discursos e instrumentos legales borbónicos o virreinales —como por ejemplo, la renovada persecución descarnada de la “vagancia” — que posibilitaban la difuminación de la “moderna” separación de las esferas públicas y privadas, y que abrieron las puertas a la intervención directa de los aparatos policiales en todo aquello de la vida privada que pudiera amenazar el orden público¹³.

No digo aquí que la reimpresión de la obra narrativa de Fernández de Lizardi fuera instrumental en la construcción del incipiente conservadurismo mexicano. Lo que busco es hacer hincapié en el hecho de que la coincidencia de su reaparición y su éxito comercial con la reacción antipopular de los años treinta le daba al empuje moral de sus novelas una contemporaneidad que las hizo influyentes y que legitimaba el tono de la política del momento. Esta reactivación de la disposición censoria de Fernández de Lizardi enriquecía la formalización de las sensibilidades conservadoras, de la manera en cómo se expresaban, estética y formalmente, los valores conservadores sin adscripción necesaria a partidos políticos particulares. Reconocer la segunda vida de Fernández de Lizardi, transformado en el primer narrador del Terremoto mexicano, no sólo es relevante para la reconstrucción del imaginario cultural del momento, sino para comprender el corazón censorio de la novela decimonónica posterior, su intrínseca sensibilidad conservadora. *El periquillo Sarniento* fue la primera novela novohispana y, a la vez, tras su reaparición, fue también la primera novela *nacional*. A partir de 1836, cuando los miembros de la Academia de Letrán comenzaran a publicar sus propios experimentos novelísticos, reconocerían en Fernández de Lizardi su precursor y el primer estandarte de la forma propiamente mexicana de la novela. Las obras que publicarían hacia el final de los 1830s y principios de los 1840s —novelas como *El inquisidor de México* (1838) de José Joaquín Pesado, *El criollo* (1838) de Juan Ramón Pacheco, o *El filibustero* (1841) de Justo Sierra O’Reilly—, no reproducirían la extensión y expansión de la obra lizardiana,

¹³ Para un estudio más detallado de las recuperaciones virreinales en la década de los treinta y la articulación de las sensibilidades conservadoras, ver Gutiérrez Negrón, *Mexico, Interrupted: Labor, Idleness, and the Mexican Economic Imaginary* (2023).

pero sí su disposición censoria o, lo que es lo mismo, su sensibilidad conservadora y antipopular¹⁴.

Bibliografía

“Avisos”. *El Sol*. 23 junio 1831, 4. *Hemeroteca Nacional Digital de México*. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a34af7d1ed64f16a9f286?intPagina=4&tipo=pagina&anio=1831&mes=06&dia=23&butIr=Ir>. Accedido: 31 agosto 2022.

Alba-Koch, Beatriz. “‘Enlightened Absolutism’ and Utopian Thought: Fernández de Lizardi and Reform in New Spain”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 24.2, 2000, pp. 295-306.

Ávila, Alfredo. “El Partido Popular en México”. *Historia y política*, n.º. 11, 2004, pp. 35-64.

Badiou, Alain. “The Courage of Obscurantism”. *The Symptom*, n.º. 11, 2010. <http://www.lacan.com/symptom11/?p=163>.

Castillo del Negrete, Emilio. *México en el Siglo XIX*. Tomo xv. México, Imprenta del Editor, 1888.

Castro, Andrea y Soriano Salkjelsvik, Kari. “El siglo XIX desde la sensibilidad conservadora: nuevas perspectivas”. *Sensibilidades conservadoras: El debate cultural sobre la civilización en América Latina y España durante el Siglo XIX*. Kari Soriano Salkjelsvik (eds.), Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2021, pp. 11-40.

Chencinsky, Jacobo. “Introducción”. *Obras III-Periódicos. El Pensador Mexicano*. María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky (eds.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968, pp. 10-26.

Corcoran, Steve. “Thermidorian”. *The Badiou Dictionary*. Steven Corcoran (ed), Edinburgh, Edinburgh University Press, 2015, pp. 352-358.

Costeloe, Michael P. *The Central Republic in Mexico: Hombres de bien in the Age of Santa Anna, 1835-1846*. New York, Cambridge University Press, 1993.

¹⁴ Las novelas de Pesado, Pacheco y Sierra han sido editadas en la antología *La novela corta en el primer romanticismo mexicano* (1998) editada por Miranda Cárabes. Para una introducción a la novela inmediatamente posterior a Fernández de Lizardi, ver Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*.

Costeloe, Michael P. *La primera república federal de México, 1824-1835: un estudio de los partidos políticos en el México independiente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

Domínguez Michael, Christopher. *La innovación retrógrada: literatura mexicana, 1805-1863*. México, El Colegio de México, 2016.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El periquillo Sarniento*. Carmen Ruiz Barrionuevo (ed.), Madrid, Cátedra, 1997.

Fernández de Lizardi, José Joaquín. *Vida y Hechos del famoso Don Catrín de la Fachenda*. México, Imprenta del Ciudadano Alejandro Valdés, 1832.

Fernández de Lizardi, *La Quijotita y su prima*. Tomo 1-3. México, Imprenta de Altamirano, 1831.

González Obregón, Luis. *Don José Joaquín Fernández de Lizardi (el Pensador mexicano): Apuntes biográficos y bibliográficos*. México, Oficina Tip. De la Secretaría de Fomento, 1888.

Gutiérrez Negrón, Sergio. “La impresión conservadora: los hermanos Uribe y Alcalde y el campo tipográfico del primer conservadurismo mexicano, 1828-1836”. *Decimonónica: Journal of Nineteenth Century Hispanic Cultural Production*, 19.2, 2022, pp. 39-54.

Gutiérrez Negrón, Sergio. “Satire and the Lie of Politics: El Mono (México, 1833)”. *Tiempo Histórico*, n° 20, 2020, pp. 17-35.

Gutiérrez Negrón, Sergio. *Mexico, Interrupted: Labor, Idleness, and the Economic Imaginary of Independence*. Nashville, Vanderbilt University Press, 2023.

Hale, Charles A. *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth Century Mexico*. New Jersey, Princeton University Press, 1989.

Hill, Christopher L. *Figures of the World: The Naturalist Novel and Transnational Form*. Evanston, Northwestern University Press, 2020.

“Inquisición de México año de 1815, número 336”. *Proyecto José Joaquín Fernández de Lizardi*. María Rosa Palazón Mayoral (ed), Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas.

<https://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/index.php?page=inquisicion-de-mexico-ano-de-1815-numero-336>.

Insúa Cereceda, Mariela. “La Quijotita y su prima de Fernández de Lizardi: Quijotismo y educación de mujeres”. *El Quijote en Buenos Aires: Lecturas cervantinas en el cuarto centenario*. Alicia Parodi (ed.). Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso, 2006, pp. 703-708.

Mata, Óscar. *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

Miranda Cárabes, Celia, editor. *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.

Moore, Ernest Richard. “Una bibliografía descriptiva. ‘El periquillo sarniento’ de José Joaquín Fernández de Lizardi”. *Revista Iberoamericana*, vol. X, n.º. 20, 1946, pp. 383-403.

Palazón Mayoral, María Rosa. *El Proyecto José Joaquín Fernández de Lizardi*. Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas.
<https://www.iifilologicas.unam.mx/obralizardi/>.

Pacheco, Juan Ramón. “El criollo”. *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*. Celia Miranda Cárabes (ed.), México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1998, pp. 251-273.

Palti, Elías J. *La invención de una legitimidad: razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX: Un estudio sobre las formas de discurso político*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Palti, Elías J. “Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: El publicista y los orígenes del intelectual moderno.” *Historia de los intelectuales en América Latina I*. Jorge Myers (ed.), Madrid, Katz, 2008, pp. 227-241.

Paquette, Gabriel. “Empire, Enlightenment and Regalism: New Directions in Eighteenth-Century Spanish History”. *European History Quarterly* 35, n.º. 1, 2005, pp. 107-17.

Paquette, Gabriel. *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and Its Empire 1759-1808*. London, Palgrave Macmillan UK, 2008.

Peñas Ruiz, Ana. *El artículo de costumbres en España (1830-1850)*. Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2014.

Rojas, Rafael. *El espacio público de la independencia*. México, Centro de Investigación y docencia económicas, 2001.

Spell, Jefferson Rea. "The costumbrista movement in Mexico". *PMLA* 50.1, 1935, pp. 290-315.

Spell, Jefferson Rea. *The life and works of Jose Joaquin Fernandez de Lizardi*. Pittsburgh, University of Pennsylvania Press, 1931.

Téllez, Jorge. *The Picaresque and The Writing of Life in Mexico*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2021.

Trotsky, León. *La Revolución Traicionada*. Marxist Internet Archive, 2010. <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1936/rt/index.htm>.

Van Young, Eric. *A Life Together: Lucas Alamán and Mexico, 1792-1853*. New Haven, Yale University Press, 2021.

Warren, Richard. *Vagrants and Citizens: Politics and the Masses in Mexico City from Colony to Republic*. New York, Rowman & Littlefield Publishers, 2007.

Wright, Amy E. "Early Nineteenth-Century Nation-Building Prose". Ignacio Sánchez Prado, Anna Nogar, Anna, Joserramón Ruisánchez Serra (eds.), *A History of Mexican Literature*. New York, Cambridge University Press, 2016, pp. 143-57.

Wright, Amy E. "Serial Space-Time As a New Form of National Consciousness: The Case of Lizardi's *El Periquillo Sarniento* (1816)", *Bulletin of Spanish Studies*, 93:5, 2016, pp. 839-857.